

§ VI

La divinidad en la Eucaristía.

Sumario: El Dios de los ejércitos: Valencia y Daroca, 1239; Olmutz, 1242.—Los demonios creen y tiemblan: San Bernardo en Milán, 1134; San Pedro de Verona y el Maniqueo.—El castigo de los profanadores; Turín, 1640; Viuz en Saboya, 1790; Un pueblo de Italia, 1793; Charleston, 1834

“Benedicite, ignis et ætus, Domino!” La hostia en la zarza ardiendo, Zlabings, 1280; Milagro de Faverney, 1608; Incendio de Dronero, en 1631: otras muchas cosas. “Benedicite glacies et nives, Domino!” Las sagradas hostias en un pantano helado, Erfurt, 1249. Milagro de Marcella le Petit, 1532.

“Benedicite, omnes bestie et pecora, Domino! El tabernáculo de cera 1150; El milagro de las espigas de trigo, 1491; La hostia milagrosa de Posen, 1399; La Hostia resplandeciente en los aires en Turín, 1453; El Sagrado Viático escollado por los animales, Salzano, 1558; La Custodia de granos de arena; El rebaño vengador, Maltebrugge, 1685.—“Laudote Domincem... ligna fructifera et omnes cedri!” seco que reverdese súbitamente, Assche, siglo XIII. El roble del hereje, Orleans, 1575.

Otras maravillas: Milagrosa invención de las santas Hostias de Paterno (Italia), 1772. El copón dorado y las santas Hostias conservadas durante la Revolución, en Pezilla de la Rivière.

El Dios escondido en la Eucaristía no revela su presencia solamente por medio de manifestaciones milagrosas de su humanidad velada bajo las especies, ó por las modificaciones de estas especies que la encubren; sino que también se complace en hacerla resplandecer por medio de

algunos favores, acciones ó por golpes que llevan claramente el sello admirable y sensible de su tremendo poder, ó de su bondad infinita. Esto es lo que pasa cuando vemos que la Eucaristía devuelve súbitamente la salud á los enfermos, dá vida á los muertos, castiga súbitamente el ultraje de los sacrilegios, arroja á los demonios, y dá á las armas cristianas victorias inesperadas.

En otras circunstancias, las leyes de la naturaleza son trastornadas en su acción, respecto á la santa Eucaristía: y así, las Hostias consagradas quedan suspendidas en el aire, ó se transportan por sí mismas de un lugar á otro. ó bien subsisten intactas en medio de las llamas que debian consumirlas. Por otra parte, los animales privados de razón vienen á rendir homenaje al Criador cuya presencia desconocen los hombres.

Algunos de estos hechos son los que reunimos aquí para hacer resaltar mejor la presencia de la Divinidad en la santa Eucaristía.

1239. Valencia y Daroca en España.

EL DIOS DE LOS EJERCITOS.

El Dios que se oculta bajo los velos sacramentales es el Dios de los ejércitos, Aquel mismo que decía en el día de sus mayores humillaciones: “¿Pensais que sí yo pidiese á mí Padre, no me

enviaría mas de doce legiones de ángeles para vengar mis derechos desconocidos?" Qué hay pues que admirar si ha querido algunas veces hacer resplandecer su fortaleza en los combates, y ha transformado este pan de vida y esta prenda de paz en glorioso instrumento de victoria? Uno de los mas hermosos razgos de este género lo hemos tomado de la historia de España en el siglo XIII (1).

En el año 1239, una guerra encarnizada desolaba la España; los Moros, dueños por largo tiempo del reino de Valencia, disputaban valientemente á los católicos la posesión de esta antigua conquista del Corán. Cierta día, una gran multitud de estos infieles cayó sobre una pequeña fuerza como de mil cristianos que se habian refugiado apresuradamente en un castillo casi sin defensa. El corto número de los sitiados, su alejamiento de Valencia, y por consiguiente la imposibilidad de un pronto socorro, no dejaba duda ninguna acerca del éxito de la lucha: así es que, viéndose sin esperanza por parte de la tierra, la heróica tropa volvió sus miradas al cielo y quiso armarse con el auxilio de los Sacramentos. Mas el tiempo apremiaba; el enemigo estaba cerca y faltaban sacerdotes para oír las confesiones y distribuir el Pan de los fuertes; escogióronse pues, seis de los principales jefes para que participasen de la Santa Eucristía á nombre

[1] Canini d'Angiari. *Historia del Misterio divino del SS. Sacramento de Corporali di Davaoca*. — Luis de Granada. [*Introduc. al simb. de la fe. 2ª part., cap. 29.*] ha referido este milagro reduciendo una obra publicada en su tiempo y "dedicada al invicto emperador Carlos, quinto de este nombre."

de los otros que velaban armados, prontos á rechazar todo ataque.

Los seis valientes se confiesan y se colocan al darredor del altar del sacrificio. Ya el sacerdote habia consagrado las Hostias para que comulgaran, cuando resuena la señal de la llegada de los Moros: prontos como el relámpago, los oficiales cojen sus armas y vuelan á la defensa común. El sacerdote por su parte, para no exponer las sagradas Hostias á los ultrajes de los infieles, las envuelve precipitadamente en el corporal y las oculta debajo de una piedra. Entre tanto el Señor, movido de la confianza que los valientes capitanes tenian en el alimento celestial, no les rehusó el auxilio que esperaban de su brazo omnipotente: se presentaron terribles á la cabeza de sus tropas y la intrepidez de los jefes inflamando el valor de los soldados, pronto quedó derrotado el ejército enemigo.

Llenos de agradecimiento por este éxito inesperado, los valientes oficiales quisieron poner en ejecución su piadoso designio y recibir la sagrada Comunión en acción de gracias: corrió el sacerdote á sacar el corporal de su escondite: mas ¡oh cielo! al desplegarse sobre el altar, encontró las santas Hostias salpicadas de gotas de sangre y pegadas al corporal. Este prodigio excitó no tanto el terror cuando la admiración y la piedad de los cristianos; y con voz unánime se atribuyó la victoria á esta sangre redentora.

Mas los Arabes se habían detenido en su fuga; y reuniendo sus fuerzas dispersadas, volvieron á la carga con todo el ardor que excitaba la vergüenza de su reciente derrota. Los cristianos por

su parte se sentían asegurados por el testimonio que habian recibido de la protección del cielo; y suplicaron al sacerdote se colocara en un lugar elevado y tuviera el corporal estendido á la vista de los soldados á fin de asegurar la victoria á sus banderas. Excitados por la vista de este glorioso estandarte marcado con la sangre de un Dios, las tropas cotólicas se precipitaron sobre el enemigo con impetuosidad sin igual é hicieron en ellos tan gran carnicería que el campo quedó inundado de sangre y sembrado de cadáveres.

Esta segunda victoria terminó la guerra por algún tiempo. Después de entusiastas acciones de gracias, el pequeño ejército estaba formado alderredor de la prenda divina de su triunfo; mas entonces se levantó una discusión bastante acalorada entre los principales oficiales con motivo del corporal milagroso; cada uno quería enriquecer su patria con la preciosa reliquia: entonces el general arregló el negocio con mucha prudencia: hizo observar que viniendo del mismo Dios este prodigio, á Dios tocaba designar el lugar que prefería. Echaron pues la suerte por tres veces y las tres designó á Daroca, ciudad donde vivía el sacerdote que había consagrado las santas Hostias; mas nó se contentaron con esta prueba y recurrieron á otro expediente. Mandaron traer de lejos una mula que fuese muy mansa y que nunca hubiera recorrido estos países; y en ella colocaron dentro de una caja un copón muy rico con las Hostias ensangrentadas y el corporal; luego la dejaron á su voluntad y el lugar donde se detuviere sería el mismo que el cielo había fijado.

Comenzó la mula á caminar llevando el tesoro tan envidiado: los sacerdotes con antorchas encendidas y una escolta de soldados la acompañaban. En cada pueblo venían á recibirle el clero y el pueblo en cortejo con gran ceremonia; apresurábanse á presentar el animal avena y otras pasturas para obligarla á detenerse: mas la mula no se detuvo en ninguna parte hasta Daroca: allí se dirigió directamente á un hospital de la ciudad, y ¡oh nueva maravilla! apenas hubo entrado á la iglesia dobló las rodillas y expiró; no permitiendo Nuestro Señor que después de haber servido de montura al Rey de los Reyes fuese empleada en otros usos menos nobles.

El corporal milagroso permaneció pues en Daroca; y los reyes, los príncipes y grandes señores fueron allí á tributarle sus homenajes. Enviaron al Papa Urbano IV embajadores encargados de darle una relación auténtica de todos estos acontecimientos y el pontífice concedió muchas indulgencias á todos los que visitaran piadosamente esta reliquia insigne. Trescientos treinta años habian transcurrido después de este prodigio cuando Carlos Quinto y la emperatriz Isabel fueron en peregrinación á Daroca, y reconocieron que el milagro se perpetuaba, porque las Hestias no habian sufrido ninguna alteración y las manchas de sangre conservaban su color fresco y rojo.

2142. OLMUDTZ EN AUSTRIA.

El año de 1242 vinieron las hordas victoriosas de los Tártaros, bajo las órdenes de Beta su jefe, á invadir las fronteras de la Moravia después de haber devastado la Silesia. El rey de Bohemia, Wenceslao I. había confiado la defensa del margraviato de Moravia al noble Jaroslav de Sternberg: quién á la cabeza de 8.000 Bohemios, á los cuales vinieron á juntarse 4.000 hombres de la nobleza morava, ocupó la ciudad de Olmutz muy decidido á defenderse allí hasta la muerte.

Muy pronto fue cercada la ciudad de todos lados por un ejército innumerable, y los bárbaros para aterrorizar á los habitantes, arrastraban hasta las puertas las cabezas de las víctimas que inmolaban en los campos inmediatos. Esta vista no hizo mas que excitar el valor de los defensores de Olmutz; ardian en deseos de vengar á sus hermanos; mas Jaroslav juzgó prudente moderar este ardor y esperar la ocasión de hacer una salida sobre los sitiadores; no tardó esta en presentarse; viendo los Tártaros la aparente inacción de la ciudad, la tomaron por cobardía y se abandonaron á la indolencia y á los desórdenes. Viendo los de dentro que los enemigos andaban errantes en gavillas por los alderredores para llevar víveres y lo que robaban. Jaroslav creyó que era el momento favorable.

Mas la empresa era peligrosa, é importaba

mucho asegurarse el socorro del cielo. Para esto pues, el día de San Juan Bautista, el valiente guerrero á la cabeza de sus tropas, se dirigió á la iglesia del *Corpus Christi*, allí se purificó de sus pecados por una dolorosa confesión y recibió el Cuerpo del Señor: capitanes y soldados siguieron el ejemplo de su jefe; y Jaroslav, viéndolos alimentados con el pan de los fuertes, dirigiólos algunas palabras ardientes, recordando á esos valientes guerreros lo que debian á la patria, á su santa fe y á la Iglesia católica. Luego dió la orden de estar prontos para la noche siguiente,

Acababa de sonar la hora de media noche: se dá la señal, y los principales caballeros en compañía del valiente Jaroslav se ponen en movimiento. De repente el general manda hacer alto, salta del caballo y ordena á sus hombres que lo imiten; arrójase de rodillas y con la frente en el polvo, hace con voz fuerte el voto de edificar una iglesia á la Madre de Dios si le concede la victoria: el batallón de valientes le responde recitando el *Ave María* y luego animados de nuevo valor salen con precaución de la fortaleza.

El número de los enemigos no los espantaba, pues, iban á combatir en el nombre del Señor; ¿qué digo? el Señor Dios de los ejércitos acompañaba en persona á los guerreros cristianos. En efecto, la víspera, cuando el ejército colocado alderredor del altar recibieron el pan de vida, quedaron cinco Hostias consagradas; y recordando Jaroslav al Arca de la alianza que por orden de Dios precedia á los Israelitas en el

combate, quiso llevar consigo á la batalla esta prenda sagrada de victoria, mas poderosa que el tabernáculo del Antiguo Testamento: cuidó pues, de que las santas Hostias cuidadosamente encerradas en una cajita preciosa, fuesen llevadas á la cabeza de los combatientes por un sacerdote á caballo.

La lucha comenzó: seguros de la victoria, los soldados de Jaroslav se precipitan sobre las vanguardias de los tártaros y los pasan á cuchillo: degiellan á los soldados de los cuerpos de guardia, sepultados todavía en profundo sueño y hacen irrupción en el campamento mismo en donde los bárbaros, sumergidos en la embriaguez no se aperciben de la presencia del enemigo sino cuando la carnicería es ya espantosa. Despertando sobresaltado por los gritos de alarma, Beta quiere restablecer el orden; mas por donde quiera tropieza con los cadáveres de los suyos y pronto cae también á los golpes de Jaroslav. Por muchas horas duró una terrible matanza en esa multitud sobrecogida de pánico y que apenas resistía.

Finalmente, Jaroslav detuvo á sus soldados fatigados. Ciertamente, la muerte había dejado muchos huecos en las filas; mas Olmutz y la Moravia estaban salvados; porque los Tártaros aterrorizados con las pérdidas que habían sufrido emprendieron la fuga para ganar la Hungría en donde acampaban otras hordas salvajes.

Mas he aquí que durante la marcha de los batallones vencedores que volvian á Olmutz, las sagradas Hostias aparecieron rodeadas de una aureola de rayos resplandecientes de color rojo

de sangre, como para testificar que Jesucristo se había mantenido fielmente al lado de los valientes guerreros y había combatido con ellos contra los enemigos de su nombre (1).

1134. MILAN.

LOS DEMONIOS CREEN Y TIEMBLAN.

Encontrábase San Bernardo en Milán, encargado por el Papa Inocencio II de restablecer la tranquilidad en esta ciudad, desolada como el resto de la Italia por el cisma del antipapa Anacleto. Al mismo tiempo que combatía las pasiones políticas, el santo abad encontró muchas veces ocasión de conseguir grandes victorias sobre los espíritus infernales.

Un día que se preparaba á celebrar la santa Misa en la basílica de San Ambrosio, (la misma que había sido en otro tiempo testigo de la conversión de San Agustín), le trajeron una mujer grande de edad, de una familia honorable de Milán, que hacia muchos años estaba poseída

[1]. Gott. Wunderbare Begebenheiten, p. 193.

del demonio. A cada instante su perseguidor la sofocaba; á fuerza de torturas le había hecho perder el oído, la vista y la palabra; rechinaba los dientes y sus facciones contraídas causaban espanto; los ojos fuera de sus órbitas y el aliento corrompido indicaban bastante la presencia del espíritu de tinieblas. Cuando San Bernardo vió con atención á esta desgraciada, comprendió que el demonio estaba intimamente unido y como incorporado á ella, y que nó saldría fácilmente de una habitación que había ocupado tan largo tiempo.

Vuélvese entonces el hombre de Dios hacia el pueblo que llenaba la basílica; invita á los fieles á orar con fervor, y rodeado de sacerdotes y religiosos que le acompañaban, baja del altar, ordena que hagan acercarse á la pobre mujer y la sostengan sólidamente; mas ella resistía, impulsada por una fuerza sobre humana y diabólica, se debatía con horribles convulsiones en medio de los que la guardaban, y aun golpeó con el pie al siervo de Dios: mas Bernardo permaneció tranquilo sin inquietarse de la audacia del demonio; luego subió al altar y comenzó la celebración del santo Sacrificio. Mas todas las veces que hacía la señal de la cruz sobre las obla-ciones se volvía hacia la poseída, y por la misma señal divina empeñaba la lucha con el espíritu del mal: inmediatamente Satanás manifestaba por un redoblamiento de furor y con horribles aullidos, cuán vivamente sostenía el aguijón de esta arma poderosa.

Acabada la oración dominical, San Bernardo se prepara á tocar de mas cerca al enemigo; toma

en la mano la patena en la cual ha depositado el Cuerpo Sagrado del Señor y la eleva sobre la cabeza de la desgraciada, diciéndo: "He aquí tu juez, espíritu del mal, he aquí al Omnipotente; resiste ahora si puedes; combate si te atreves contra Aquel que estando á punto de morir por nuestra salvación, dijo: Ha llegado el tiempo en que el príncipe de este mundo será arrojado de su imperio. He aquí el cuerpo adorable que fue formado en el seno de una Virgen, clavado en el madero de la Cruz, depositado en el sepulcro; que por su Resurrección venció la muerte y que en fin subió triunfante al Cielo en presencia de sus discípulos. Por el poder de esta terrible Majestad te ordeno, espíritu infernal, que salgas del cuerpo de esta sierva de Dios y jamás vuelvas á entrar en él."

El demonio obligado á obedecer y soltar su presa, quiso por lo menos antes de confesarse vencido manifestar su furor y atormentar á su víctima con mayor violencia. El santo abad, seguro del éxito, vuelve á subir al altar, prosigue el sacrificio, hace la fracción de la Hostia y da la paz al diácono quien la comunica á toda la asamblea; en el mismo instante recobró la pobre mujer la tranquilidad y la salud; porque Satanás huyó dando gritos de rabia, y demostrando por su derrota la eficacia y el poder del Sacramento de nuestros altares. (1)

No debe creerse que tales milagros son debidos mas bien á la santidad de los taumaturgos que á

[1] Ernardus Abbs, *Vita S. Bernardi*, lib. II. cap. II. Patrol. lat. tom. XCV.

la virtud del Sacramento: el mismo San Bernardo reconocía lo contrario y dió testimonio público de ello en la iglesia de San Ciro en Pavía. Presentáronle una energúmena poseída por un demonio furioso, que ya habia resistido á la invocación de San Ciro y se burlaba de los exorcismos diciendo: “El pequeño Ciro no pudo arrojarme de aquí, mucho menos podrá Bernardo! —Es verdad, respondió el santo abad; mas lo que no harán ni las reliquias ni Bernardo, Nuestro Señor Jesucristo tu Amo y el mío lo horá: sal de su presencia!” Y el demonio espantado al solo nombre de Jesucristo, huyó al instante.

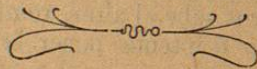
1250. MILAN.

Un católico rico del territorio de Milán tenía costumbre de ofrecer la hospitalidad á San Pedro de Verona en sus correrías apostólicas. Una tarde llega Pedro abrumado de fatiga; mas su huésped que ordinariamente era tan respetuoso y solícito, apenas se atreve á abrirle la puerta: ¿de donde vendrá este cambio? se pregunta: pero en la conversación acabó el huésped por confesar su secreto. Había venido un hereje maniqueo y reprochándole la hospitalidad que daba “al enemigo de la verdad,” añadió: “Ven, yo te haré ver á la santa Virgen y ella te enseñará la verdad.” Dejóse llevar de la curiosidad y acompañó á su interlocutor á la asamblea de los sectarios. Apareció en el altar una brillante señora llevan-

do á su hijo en los brazos: “Hijo mio, le dijo, tú estás en el error, ya ves que la verdad está aquí, no entre los católicos. Yo, y la Madre de Jesús te lo digo.”

Convencido el desgraciado se habia hecho maniqueo.

“Id á decir al hombre que os ha hablado, que yo también me hago maniqueo si me muestra á la Santa Virgen,” dijo Pedro. El huésped se apresuró á advertir á su nuevo amigo, el cual aceptó gustoso. Pedro pasó la noche en oración: por la mañana en la misa, reservó una Hostia consagrada, la guardó en un relicario colocándolo respetuosamente sobre su pecho; y armado de esta manera se dirige á la asamblea de los maniqueos. El que desempeñaba el oficio de *medium* hace aparecer en el altar la brillante señora quien reprocha al nuevo asistente su ignorancia de la verdad. Entonces Pedro levantando la Hostia santa le dijo á la aparición: “Si eres verdaderamente la Madre de Dios, adora á tu Hijo.” A estas palabras desapareció el fantasma en medio de un humo negro, dejando la sala con una horrible fetidez: el demonio habia huido delante de su Señor. (1)



[1] Acta SS. Boland., tomo. III. April p. 701.

1640. TURIN. EL CASTIGO DE LOS PROFANADORES.

En la terrible guerra civil que desolaba el Piamonte bajo la minoría del duque Carlos Manuel II, los españoles sostenían las pretensiones del príncipe Tomás con desprecio de la daquesa madre María Cristina. Esta princesa era hermana de Luis XIII rey de Francia, quien envió tropas para socorrerla. Los franceses llegaron el 10 de mayo al frente de Turín; y el 12, después de haber dado muchas veces el asalto á la fortaleza del Monte, se hicieron al fin dueños de ella, y la guarnición se refugió con la población de los arrabales en la iglesia de los Padres capuchinos.

Los vencedores no se detuvieron por la santidad del lugar: asesinaron sin piedad á los que allí estaban y se entregaron al pillaje.

En medio de la matanza, un soldado mas audaz que los otros sube al altar, rompe la puerta del tabernaculo é intenta poner la mano sobre el vaso sagrado que encierra el Santísimo Sacramento: más al mismo instante sale una llama del copón, hiere al miserable en medio del pecho, le quema el rostro y consume sus vestidos. Inme-

diatamente cae por tierra y luego huye hacia la puerta gritando: "Ah Dios mío! Ah Dios mío!" Estos gritos infunden el espanto en la tropa; al mismo instante un humo espeso llena la iglesia y los invasores escapan apresuradamente del santo lugar que han profanado. (1)

1790. VIUZ LA CHIESAR.

«Al principio de la Revolución un feligrés de Viuz-la-Chiésar pidió á su párroco billete para ir á confesarse á Anney, y cuando volvió á la iglesia de su parroquia, en el momento en que el cura decía la misa, arrojó, por desprecio el dicho billete sobre las santas Hostias cuando el cura distribuía la sagrada Comunión. En el mismo instante se le puso el brazo rígido y se quedó en la actitud de arrojar el billete: por mucho tiempo llevó el brazo extendido sufriendo crueles dolores, sin volver á poder moverlo de ningún modo; y el año siguiente, el mismo día y á la misma hora murió en la impiedad como había vivido. (2)»

[1] Cf. Relación del cau. Colmiatti, pro-vicario general de la arquidiócesis de Turín, en el Congreso Eucarístico de 1894, tomo II, página 214.

[2] *La Diócesis de Ginebra durante la Revolución francesa* por M. Lavanchy, arcipreste de Thonon, tomo II, p. 302.—Anney, 1894.

1793. UN PUEBLO DE ITALIA.

«En 1793 (1), en época tan fecunda en crímenes de toda especie, un regimiento francés que estaba en Italia, pasó á un pueblo cercano en el momento que descargaba una horrorosa tempestad. Los soldados encontraron la iglesia abierta y entraron allí para guarecerse de la lluvia. Como era ese un tiempo en que se trabajaba por destruir la religión, y aquellos cuya fé y piedad no estaban bien arraigadas, hacían gala de mostrarse impíos, los soldados se portaron en el templo del Señor como si hubiera sido el lugar más profano. Algunos propusieron mandar traer vino, y su proposición fué bien acogida; inmediatamente trajeron bastante en grandes jarras; más como no había suficientes vasos para sacarlo, un soldado más impío que los otros se le ocurrió procurarse un vaso sagrado cometiendo horrible sacrilegio. Sube al altar, rompe la puerta del tabernáculo y toma en sus manos el copón arrojando por tierra las Hostias que encerraba: viene triunfante; más había llegado el momento en que el Señor iba á descargar su venganza sobre este desgraciado; pues al tiempo que metía el copón en una jarra donde había vi-

[1] Castigos de los revolucionarios enemigos de la Iglesia, desde 1793 hasta 1867.—Corblet, *Historia del Sacramento de la Eucaristía*, tom. I. p. 503.

no cayó muerto. Y para que no se dudase que esta muerte era efecto de venganza de un Dios irritado, no se le pudo quitar de las manos el copón profanado por ninguno de sus compañeros, y fué menester recurrir al cura de la parroquia que luego se lo quitó sin trabajo ninguno.»

1834. Charlestown, en América (1)

En el año de 1820 se había fundado en Boston un convento de Ursulinas por Monseñor de Cheverus: más encontrando las religiosas demasiado estrecho el lugar para agregar un pensionado, el Obispo compró para ellas el magnífico terreno del Monte Bendito á una milla de Charlestown, pequeña ciudad formando un arrabal cerca de Boston. Las hermanas eran en número de ocho, y parecía iban á multiplicarse, gracias á muchas nuevas vocaciones. Más en la noche del 11 de Agosto de 1834, el populacho puritano, excitado por algunos de sus ministros, se subleva en Charlestown; todos los exaltados de Boston se juntan á ellos y con gritos de furor y de venganza se dirige la muchedumbre al Monte Bendito. En el Monasterio todas dormían con tranquilo sueño; pero al ruido que oyen de fuera, al estruendo de las paredes y de las puer-

[1] Cf. *Anales de la Propagación de la Fè*, Nviembre, 1847.

tas que caen á los golpes de estos miserables, se despiertan las religiosas sobresaltadas; más antes que hubiesen tiempo para vestirse y hacer levantar á sus pensionistas, ya las celdas estaban iluminadas por las llamas de un terrible incendio. Sálvanse medio vestidas, y entre tanto los bandidos se ocupan en robar la iglesia y el monasterio: á poco invaden las llamas todo el edificio que se desploma junto con la iglesia y el monasterio: á poco invaden las llamas todo el edificio que se desploma junto con la iglesia profanada.

En medio del tumulto, uno de los fanáticos subió al altar, y con mano sacrílega se apoderó del santo copón, vaciando en su bolsillo las sagradas Hostias, y lleno del satánico orgullo de Calvino, se encaminó á una posada de Charlestown. En medio de una multitud ávida de oír sus sacrílegas hazañas se encontraba un irlandés católico que escuchaba con profundo terror, cuando de repente el fanático, reconociéndolo, sacó de su bolsillo muchas Hostias, y con tono insultante: «Toma, le dijo mostrándoselas, aquí está tu Dios: ¿qué necesidad tienes ya ahora de ir á buscarlo á tu iglesia?» El irlandés estaba mudo de horror.

El sacrílogo siente luego la necesidad de estar solo y se sale: pasa media hora, pasa una hora y no vuelve: entonces se apodera de los asistentes un vago temor, y por un presentimiento de que no pueden darse cuenta, van á buscarlo y encuentran al profanador tendido, muerto con la muerte del heresiarca Arrio.

Es imposible decir el sentimiento de terror

que se apoderó entonces de esta tropa de protestantes: el irlandés acudió también, y admirando en su corazón las obras de la justicia divina que hería tan prontamente al culpable, cortó el bolsillo que contenía las sagradas Hostias, y luego, dejando á los otros expectadores bajo el peso del espanto que los tenía como clavados al derredor del cadáver impuro, corrió á la catedral, y allí temblando, entregó al Obispo el Sacramento que acababa de arrancar á mayores profanaciones. El rumor del acontecimiento calmó en toda la ciudad los furores de los fanáticos.

1280. Zlavings, en Moravia.

La Hostia en la zarza ardiendo (1)

No lejos del lugar donde la Baja Austria, la Bohemia y la Moravia confunden sus fronteras, á algunos centenares de pasos de la ciudad de Zlabings, encuentra el viajero una venerable iglesia ennegrecida por los siglos, y cerca de ella una graciosa ermita que corona la colina solitaria. Antiguas tradiciones consignadas en los archivos de Zlabings, refieren así el origen de esta célebre peregrinación.

[1] Georg. Ott. Eucharistic-Buch, Wunderbare Begebenheiten . . . p. 253.

Era el año de 1280. En una noche de invierno en que descargaba con violencia una furiosa tempestad, penetraron unos baididos en la iglesia parroquial de Zlabings, y entre otros objetos preciosos robaron la custodia con la Sagrada Hostia. Los autores del crimen permanecieron desconocidos, y fué imposible encontrar el divino Sacramento profanado; causando este atentado una aflicción general; más Dios no tardó en cambiar esta pena en grande alegría.

Al volver la primavera, un pastor de Zlabings apacentaba su rebaño en unas tierras sin cultivo; cuando he aquí que derrepente ve de un montón de piedras cubierto con malezas, salir una llama de fuego; al mismo tiempo acude todo el rebaño y colocándose en hilera se arrodilla al derredor de la maravillosa zarza. El pastor huye espantado, y á sus repetidos gritos se juntan los labradores que trabajan en los campos inmediatos, y avanzan con precaución para considerar de más cerca como en otro tiempo Moisés en el desierto, qué significaban esas llamas misteriosas: más ¡oh prodigio! en medio de esta zarza ardiendo irradiaba la Hostia sagrada intacta y luminosa.

Acudió luego un sacerdote de la ciudad, recogió el augusto Sacramento y se encaminó hacia la iglesia parroquial, escoltado por una multitud que daba aclamaciones de alegría: más á la puerta de Zlabings se desprendió de repente la Hostia de las manos del sacerdote y volvió revoloteando á su antiguo lugar en medio de la zarza. Tres veces se renovó el mismo milagro; entonces dijo el sacerdote al pueblo, que el Se-

ñor indicaba claramente que había escogido este lugar para su morada y que debía edificarle allí un templo; inmediatamente hicieron la promesa de edificarlo y luego se pudo llevar la sagrada Hostia sin dificultad á la iglesia parroquial.

La fama de este acontecimiento determinó á un numeroso concurso de fieles á cooperar para la erección del templo, el cual fué después un lugar de gracias y bendiciones hasta el día en que los salvajes husitas asolaron estas comarcas. Mas cuando volvieron los días de paz, se levantó un nuevo templo en honor del Santísimo Sacramento. En el altar actual se encuentra todavía guardado el montón de piedras donde reposó la divina Eucaristía, y bajo el nombre de «Fiesta del fuego de los paisanos,» se celebra siempre solemnemente el aniversario del día en que el pastor encontró la sagrada Hostia en medio de las llamas.

